

CURIOSIDAD.

Et tu quæris tibi grandia? Noli quærere.

¿Y tú pides para tí cosas grandes? No tienes que pedir las.

(Jer. XLV, 5.)

Nada me parece más justo, amados míos, que aquella atención que ponen los predicadores en el carácter y circunstancias de sus oyentes, para suministrarles el alimento de la divina palabra, conforme advierten serles más útil ó necesaria para el remedio de sus espirituales dolencias. Ellos eligen los asuntos conforme á la calidad de los auditorios, y los pronuncian y explican con mayor ó menor hermosura, con más ó menos elocuencia, según la instrucción mayor ó menor que consideran en los que escuchan. Fundados en aquella grande verdad que pronunció el Apóstol, cuando dijo: *Sapientibus et insipientibus debitor sum*, ROM. I, 14, somos deudores á sábios é ignorantes; procuran, unas veces, reprender aquellos vicios más de bulto y más groseros á que los ignorantes se arrojan; y otras veces, explican y declaman contra aquellos desórdenes más finos y delicados, en que comunmente delinquen muchas personas instruidas. Nada á la verdad más justo que esta atención, nada más útil que esta diversidad.

Siguiéndola nosotros, hemos declamado contra la embriaguez, el hurto, la deshonestidad, la blasfemia y otros pecados, que, aunque aborrecibles y detestables á primera vista, se hallan, sin embargo, sumergidos en ellos muchos hombres de cortísima instrucción, á quienes somos deudores por razón de nuestro santo ministerio: *Insipientibus debitor sum*. Pero, considerando que la mayor parte de vosotros los mira con horror, sería inútil mi fatiga en inspiraros aborrecimientos á unos vicios, á los que vosotros mirais ya con detestación; mas no lo será el predicar contra otros pecados más finos,

más delicados é infinitamente más perjudiciales que los antecedentes; vicios á que se entregan todas las gentes, sin remordimiento de su gravedad, sin conocimiento de sus fatales y funestas consecuencias, y sin espanto de su formidable malicia; vicios que dominan en todas partes, que todo lo manchan, todo lo corrompen; vicios á los que nadie mira con horror, y que se pasean francamente, desde lo más recóndito del santuario, hasta las calles, las plazas y los paseos más públicos; vicios... Pero ya os veo impacientes y llenos de curiosidad, por saber qué vicios tan perjudiciales son estos. Pues, amados míos, ya lo he dicho: la curiosidad es el primero. *Curiositas est vitium*, decía san Antonino, *pene omnes involvens, parum cognitum, sed multum nocivum*. PART. 2, TIT. 5. La curiosidad, dice este santo, es un vicio que casi á todos prende con sus redes, al religioso y á la religiosa, al sacerdote y al secular, al noble y al plebeyo, al rico y al pobre, al ignorante y al sábio: ella es un vicio, que cometiéndole todos, casi nadie lo conoce; y ella, finalmente, es un vicio de tan fatales y funestas consecuencias, que espero dejaros sorprendidos esta tarde al escucharlas. La curiosidad es un desordenado apetito de escudriñar lo que no conviene saber, y que, despues de sabido, perjudica. Ella es hija de la ociosidad, hermana de la perturbación, madre de la inquietud y abuela del desórden. La curiosidad nos eleva con una temeraria presunción á buscar lo que supera nuestros alcances; y ella misma nos abate á inquirir con imprudencia las cosas inferiores á nosotros, que no merecen nuestra atención. La curiosidad es un obstáculo á nuestra fe, y es un escollo á nuestras buenas costumbres. ¡Quién lo creyera! Pero ¡ah! que el Espíritu santo dijo con muchísima razón por boca de Jeremías: *Et tu quæris tibi grandia? Noli quærere*: tú andas buscando con una vana curiosidad muchas cosas grandes; no las busques. Por qué? Por ser esta vana curiosidad muy perjudicial á la fe y á las buenas costumbres. Es perjudicial á la fe; yo lo demostraré en la primera parte: es pernicioso á las buenas costumbres; yo lo haré ver en la segunda parte. Imploramos los auxilios de la gracia: A. M.

1. No equivoqueis, señores míos, las cosas. Cuando vengo á hablar contra la curiosidad, no habeis de entender por tal, aquel natural deseo que todos tenemos de inquirir y saber lo que ignoramos. Este es el fundamento de todas las artes, de todas las ciencias, y aún de todas las felicidades. Si se acabára en los hombres esta buena curiosidad, se verían desiertas las universidades, sin uso los libros, ociosas las prensas, desatendidos los oficios necesarios á la vida y co-

modidad de los hombres, desamparadas las iglesias, y el mundo todo se miraría sumergido en una espantosa ociosidad, y lleno de tinieblas y horrores. No, cristianos míos; la curiosidad, en este sano sentido, es una de las más bellas prerogativas del alma, y una prueba convincente de su espiritualidad. Sus potencias maravillosamente activas abrazan todos los tiempos, miran lo pasado, reflexionan sobre lo presente, y preven lo porvenir; indagan las causas, barruntan los efectos, calculan, pesan, combinan los medios para la consecución de los fines que se prefijan, y eligen de entre ellos los más proporcionados. Yo hablo solo, y comprendedlo bien, contra aquel deseo inmoderado de ver y conocer muchas cosas sobrenaturales y sublimes, que no nos pertenecen; contra el deseo de muchas cosas frívolas é inútiles, que no nos importan, y contra el deseo de muchas cosas criminales, que nos pervierten y perjudican. En este sentido, vuelvo á repetirlo, la curiosidad es un obstáculo á la fe.

Esta es una virtud teologal, por la cual firmemente asentimos á aquellas cosas que son reveladas por Dios, por sola la autoridad del mismo que las revela. No hay mayores riquezas, tesoros, ni honores, no hay sustancia mayor en este mundo, que la fe católica. Ella salva los pecadores, ilumina los ciegos, sana los enfermos, bautiza los catecúmenos, justifica los impíos, repara los penitentes, aumenta los justos, y corona á los mártires. La fe ignora lo falso, toca lo inaccesible, percibe lo incógnito, comprende lo inmenso, trasciende los fines de la razón humana, los términos de la experiencia, el uso de la naturaleza, y, de alguna suerte, abraza en su vastísimo seno á la misma eternidad. Pero exige de nosotros la sumisión del entendimiento, la sujeción de la razón humana en obsequio de la autoridad divina, que por la Iglesia nos habla; de otra suerte, quedaria el curioso escudriñador de la Majestad suprema oprimido de su gloria: *Scrutator Majestatis opprimetur à gloria*; Prov. xxv, 27. Porque la fe nos enseña unos misterios, que superan infinitamente nuestros alcances; la existencia de un Sér eterno, que coexiste á todos los tiempos; de un Sér invisible, que todo lo ve; de un Sér incomprendible que, todo lo comprende; una divina Esencia en que se halla una verdadera Trinidad de personas, que siendo cada una verdadero Dios, repugna, sin embargo, la existencia de tres Dioses; una unión admirable entre la humana y divina naturaleza en un supuesto solo; la resurrección de una carne convertida en polvo, comida de gusanos, de aves, peces y animales; una duración eterna de bienes, y una infinita muchedumbre de eternos males. Estos y otros profundísimos misterios, que trascienden los límites de la razón humana, los términos de

la experiencia, y el uso y fuerzas de la naturaleza, nos los enseña la Fe; y nosotros creemos todo esto, porque Dios lo dice, aunque el entendimiento no lo alcance; pero si llevados de una detestable curiosidad queremos penetrarlos, averiguarlos, comprenderlos, ¡ay, Dios! luego caemos lastimosamente en la incredulidad, en la superstición y en la herejía. ¿De dónde, sino, decidme, tantos ateístas en el mundo, que han sido el oprobio de la razón, la infamia y el horror de todo el género humano? ¿de dónde la magia, las hechicerías, las vanas observancias, las supersticiones? ¿de dónde tantas herejías en casi todos los siglos, desde los principios mismos del cristianismo? Miradlo bien, amados míos: de la curiosidad: ella hizo á los arrianos negar la consustancialidad del Hijo eterno con el Padre; á los nestorianos la maternidad divina en la Virgen inmaculada María santísima, señora nuestra; y á los marcionitas la igualdad del Espíritu santo con el Padre y con el Hijo. Ella hizo delirar en la Fe á Menandro, formar sus perniciosas profecías á Montano, y negar la divinidad de Jesucristo á Ebion. La curiosidad en averiguar las fuerzas del libre albedrío, hizo negar la necesidad de la divina gracia á los pelagianos, y la curiosidad en penetrar la concordia del libre albedrío con la gracia, hizo á los calvinistas y luteranos negar el albedrío, y conceder una fuerza irresistible á la misma divina gracia. ¿Qué más diré? ¡Oh! ¿cuándo la curiosidad ha dicho basta, ó se ha visto satisfecha? Nunca, señores, nunca: ella se va perpetuando en el mundo con la sucesión de los siglos. ¿De dónde, sino, de la curiosidad en manejar ciertos libros pestilenciales y nocivos, tiene principio la decadencia visible de nuestra Fe? ¿Qué es ver á unos hombres criados en una vergonzosa ociosidad en la casa de sus padres, en un libertinaje continuo en la milicia, ó en una disipación frecuente en las universidades, entre juegos, placeres, bailes, teatros, paseos y prostitutas, tomar por un breve diccionario alguna tintura de aquella ciencia á que más le arrastró su curiosidad, y salir inmediatamente por el mundo, proyectando, reformando, proponiendo mejoras en las ciencias, artes y facultades, y estimándose por unos hombres de diversa especie que los demás? ¿Qué es ver á estos hombres avergonzarse de confesar la fe de sus mayores, insultar la devoción, burlarse de la piedad, negar las verdades eternas, y entregarse como hombres que no esperan otra vida, á los gustos, encantos y placeres de la presente? ¿Podria creerse, señores, que la curiosidad, en que nadie reflexiona, fuese un obstáculo tan grande á nuestra fe? ¡Ah! con cuánta razón dijo el grande doctor de las Españas san Isidoro: *Nulla sit tibi curiositas sciendi latentia: cave indagare quæ sunt à sensibus remota: in hære-*

ses enim provocat, in fabulas sacrilegas mentem præcipitat, in causis obscuris reddit audaces, in rebus ignaris facit præcipites; LIB. II. SYNON. Guárdate ¡oh alma! decia el santo, de indagar lo que supera la esfera de los sentidos: esta curiosidad imprudente impele en heregias, induce al espíritu, para que ciego se precipite en sacrilegas fábulas, para que resuelva con audacia en las cosas oscuras, y se abalance con arrogancia á la penetracion de las cosas ignoradas. Mirad qué cierta es mi primera proposicion, en la que aseguraba ser la curiosidad un obstáculo á la fe. No parece sino que el santo, con tan terminante autoridad, ha dejado mi asunto más evidenciado que la luz.

Vosotros, oyentes míos, á quienes Dios, por una singularísima gracia, ha criado en el centro de la Fe, guardáos muy bien de investigar con una curiosidad excesivamente temeraria sus misteriosos arcanos. Humillad vuestros entendimientos en su obsequio; creed firmemente lo que propone y la Iglesia santa nos dicta; huid, evitad la pernicioso compañía de tantos libertinos, que dando á la razon humana más riendas que lo justo, se abalanzan, se arrojan, se precipitan por alcanzar los adorables misterios de la Religion con sus limitados y viciosos entendimientos; y ofuscados entre el resplandor inaccesible de las verdades eternas, caen atolondrados en multitud de errores, herejias y pecados. Mirad con cuánta razon decia el grande apóstol san Pablo: *Non plus sapere, quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem;* AD. ROM. XII, 3: es necesario no saber más que lo que conviene, y aún esto, debe saberse con sobriedad. Desterrad, pues, de vosotros esta pestilente curiosidad, y acompañaos de aquella otra curiosidad santa, que con docilidad nos conduce al conocimiento de los misterios de la fe. Tratad de instruiros en ella; cuidad de que se instruya vuestra familia; repetidles esta obligacion innumerables veces; obrad conforme á lo que dicta vuestra fe, y sereis felices y bienaventurados. Y si aún insistís en descubrir lo que os oculta el velo de la fe, yo os daré un medio seguro para que lo consigais. Arrojad al fuego esos libros de mala doctrina, esos libros que no os enseñan más que una ciencia terrena, animal y diabólica, como la llama un apóstol, y aplicaos con humildad y devocion á la leccion de los Libros santos, de aquellos libros, digo, dictados por el mismo Dios, en que se contiene la palabra de vida y de verdad, sin mezcla alguna de error. Velad y orad, para que Dios os dé la verdadera inteligencia de la santa Biblia; acudid á los sacerdotes, acudid á la perpétua tradicion de los santos Padres de la Iglesia, para entender los pasajes oscuros y textos difíciles; abrazad lo que esta piadosa ma-

dre de todos los fieles abraza, y deseched lo que desecha; y así aprendereis los beneficios de Dios y vuestra mala correspondencia, lo que su Majestad ha hecho por vosotros y lo que vosotros debeis hacer por él. Aprendereis de este modo, no á escudriñar é inquirir vanamente los misterios de Dios, sino vuestras mismas obras; y al verlas llenas de pecados, avergonzados y confusos volvereis arrepentidos á vuestro Dios; *Scrutemur vias nostras,* JER. THREN. III, 40. Si, amados míos; seamos curiosos investigadores de la soberbia que nos domina, y que es el principio funesto de nuestras iras, enojos y desavenencias con nuestros prójimos; de la envidia, que lentamente roe nuestro corazon, secando las fuentes de la divina gracia y los dones del Espíritu santo; de la avaricia, que tan artificiosamente nos apega el corazon á los bienes de la tierra, dejándonos mirar con una asombrosa indiferencia las necesidades de nuestros hermanos; de la hipocresía, que ocultando con un exterior compuesto los desórdenes más abominables de un corazon corrompido con el pecado, pretende engañar á Dios, así como alucina al mundo; de la vida ociosa, disipada, entregada á todos los placeres de la carne, que como enemiga de la cruz de Jesucristo, no puede tener otro fin que la perdicion eterna. En suma, indaguemos, busquemos y curiosamente examinemos nuestra conducta; y viéndola pecaminosa en la presencia de Dios, detestémosla, aborrecámosla, volviéndonos á su divina Majestad con un corazon contrito, y con un espíritu humillado; y creamos, que el padre de las misericordias y Dios de toda consolacion escuchará nuestros clamores, apreciará nuestras lágrimas, dará oídos favorables á nuestras peticiones y perdonará nuestros pecados. De otra suerte, vivamos firmemente persuadidos, á que la vana curiosidad no solo será un obstáculo á nuestra fe, como lo acabamos de probar en esta primera parte, sino que tambien será un escollo á nuestras buenas costumbres, como lo veremos ahora.

2. Todo el mundo conviene en esta verdad: que es imposible salvarnos sin las buenas obras. Todos debemos confesar, que el cielo no se consigue sin ejercitarnos en las virtudes para sujetar las pasiones, miéntras vivimos; y que, á pesar de la subordinacion con que deben estar á la razon, y del dominio que Dios nos concedió sobre ellas, se rebelan y revuelven incensantemente contra nosotros mismos. Una alma adornada de mortificacion, retiro y oracion, mantendrá siempre el dominio sobre sus pasiones; será señora de sí misma, y tendrá en la debida obediencia sus apetitos, á pesar de sus continuas resistencias; pero inmediatamente que, arrastrada de la curiosidad, se abate vergonzosamente al desarreglo de sus pasiones, pone

un terrible obstáculo á sus buenas obras, pierde el espíritu de oracion, y se apodera de ella la disipacion; sale de sí misma, abandonando el retiro, y léjos de buscar la mortificacion, se entrega á todos los placeres de la vida. ¿Quién lo creyera? ¿quién pensara que tan funestos efectos produjera, y tantos obstáculos pusiera á las buenas obras una curiosidad, que en el mundo se tiene por una nada? Pues, no lo dudeis, oyentes míos. Dadme una madre tan buena como Eva en el estado feliz de la inocencia; pero si se deja dominar de la curiosidad, marchará libremente por el paraíso, mirará la vedada fruta, le parecerá hermosa á la vista, suave y gustosa al paladar, entablará conversacion con el demonio, se dejará seducir de la serpiente astuta, atropellará el mandamiento del Señor, perderá á su marido, haciéndole cómplice de su pecado, y llenará de calamidades la tierra y de condenados el infierno hasta la consumacion de los siglos. Dadme una hija tan bien criada como Dina en la casa de su santo padre Jacob; pero si se entrega á la curiosidad, huirá de la casa de su padre, pasará á Siquen, enamorará con su hermosura al príncipe Hemor, perderá su limpieza, y ocasionará la muerte de todos los habitantes de aquel numeroso pueblo. Dadme una mujer tan justa como la de Lot, que no se separe de su marido, que acompañe á sus hijas y gobierne con economía prudente su casa: ella se convertirá en un momento en estatua de sal, apenas vuelva sus curiosos ojos, contra el mandato de Dios, para ver el incendio de Sodoma. Dadme un rey tan santo como David, cortado á la medida del corazón de Dios, humilde, piadoso, agradecido, ejemplar: yo le mostraré en un instante convertido en un hombre adúltero, homicida y escandaloso, si se deleita en mirar curiosamente á una mujer ajena. Dadme unos hombres aplicados al trabajo, y que en lo más ardiente de un agosto se tuesten sus carnes, se fatiguen y abrasen segando, acarreado, trillando, aventando y encerrando el trigo, como los betsamitas; y en un momento los vereis muertos en las mismas eras, por haber mirado curiosamente el Arca santa del Señor Dios. Dadme en fin una alma en el mayor grado de oracion, que se deje arrastrar del impertinente deseo de saberlo todo, de preguntar por todo: y la vereis salir fuera de sí misma, ocuparse en mil bagatelas, desatender las inspiraciones de Dios, y disiparse enteramente. Ella pregunta por las conversaciones que se mantienen, por las novedades que ocurren, por los acontecimientos que suceden, por los negocios que se tratan; quiere saber cuanto pasa en las familias, los casamientos que en ellas se disponen, los empleos que pretenden, las haciendas que poseen, las obras en que se ocupan, las palabras con que se explican, los pasos que dan,

las casas que visitan, los paseos que frecuentan; y olvidando sus propias obligaciones, pretende indagar hasta los más mínimos pensamientos de sus prójimos. Esto la ocupa el corazón y el espíritu; esto la llena sus potencias: las conversaciones con su Dios le son insípidas, no halla ya en ellas aquel contentamiento dulce, que graciosamente entretenía su alma: las horas destinadas á la oracion la martirizan; desea que se minoren, y llega enteramente á omitirla.

No se terminan aquí los daños de la curiosidad, porque, disipada así una alma, no solo pierde el espíritu de oracion, sino que aborrece el retiro, y se mezcla en todos los acontecimientos del mundo. Aquí es donde la multitud de objetos, que se presentan á su curiosidad, la pone un nuevo obstáculo á sus buenas obras. El resplandor de las riquezas, el fausto de las dignidades, el atractivo de las promesas, el encanto de los espectáculos, todo sirve de pábulo á su curiosidad. Estos objetos pasan de la vista al espíritu; ocupan allí vanamente nuestros pensamientos, resfrian los afectos santos, corrompen los sentimientos de devocion, respeto y veneracion que teníamos para con Dios; y apartándonos del santo retiro, en que fácilmente escuchábamos la voz del Señor, nos lleva á buscar los placeres de la vida y los vanos entretenimientos del siglo. Conducidos de la curiosidad, deseamos hallarnos entre las diversiones, para saber quién brilla más en ellas; quién se lleva las atenciones en los teatros, en los bailes, en las visitas, en los juegos, para comparecer en estas famosas reuniones, que, al decir de san Agustin, son los sacramentos del diablo; se buscan con ansia los excesivos adornos, porque la curiosidad nos hace atentos á investigar la variedad de las modas, los diferentes cortes del vestido, la varia postura del cabello.

No se terminan aquí los daños de la curiosidad: ella nos conduce á las concurrencias de toda clase de gentes; y moviéndonos la lengua para averiguar la conducta de nuestros prójimos, nos precipita en murmuraciones horribles, con que desacreditamos el proceder de las personas más irrepreensibles. La curiosidad... Pero no nos hagamos interminables; ella, digámoslo en breve, no solo nos aparta de la oracion, por cuyo medio cumplíamos nuestras obligaciones para con Dios; no solo nos arranca del retiro, con que edificábamos á nuestro prójimo, sino que pasa á hacernos aborrecer la mortificacion, y nos sujeta á la ignominia de las pasiones más vergonzosas. Y ciertamente, un hombre, una mujer, un jóven, una doncella, que, abandonando la oracion, se entregan, impelidos de la curiosidad, á una vida disipada, que se dedican á unos entretenimientos perjudiciales, que encienden las pasiones, y sostienen los vicios en el mundo; ¿qué paradero

tendrán? ¿qué fin pueden esperar? Enredados, unos, en un criminal comercio, que se figuraban eternamente oculto, se descubrirán sus torpezas cuando ménos piensen, y se harán patentes al mundo con la mayor publicidad; entregados, otros, al juego ilícito, se hallarán con un alcance inopinado que los cubrirá de confusion; y entretenidos innumerables con una vida alegre y desahogada en bailes, comedias, banquetes y otros pecaminosos divertimientos, abandonarán la frecuencia de sacramentos, la leccion de los libros santos, la atención á los divinos misterios; huirán la direccion de los confesores justos, desestimarán los consejos de los hombres sábios; y pasando unos buenos dias, como dicen, descenderán en un momento hasta el infierno: *Ducunt in bonis dies suos*, dice el Espíritu santo, *et in puncto ad inferna descendunt*. JOB. XXI, 15. Mirad qué consecuencias tan funestas proceden de la curiosidad, en que tan poco habeis parado vuestra consideracion hasta el presente. Ella precipita los hombres, como habeis oido, en las supersticiones más abominables, en las herejías más escandalosas, en el ateísmo más declarado; ella forma los hombres impíos, los magos, los hechiceros; ella inventa las fábulas sacrílegas, los pactos con el demonio, los maleficios y encantamientos; ella, en fin, despues de ser un obstáculo horrible á la pureza y santidad de nuestra fe, pasa á ser un escollo funesto á nuestras buenas costumbres, arrancándonos de la oracion, separándonos del retiro, sumergiéndonos en los vicios, y arrastrándonos con una diabólica astucia hasta el abismo, despues de haber pasado la vida en la ociosidad, en los placeres, en la disipacion y en los pecados.

Huid, cristianos míos, tan pestilente curiosidad, si pretendéis mantener la pureza de vuestra fe y la integridad de vuestras costumbres: huid el temerario arrojio de averiguar lo que infinitamente supera las fuerzas de la naturaleza, el uso de los sentidos y los alcances de las potencias: huid el criminal deseo de indagar las costumbres de vuestros prójimos, cuando este conocimiento no ha de contribuir á su bien, sino á ocasionar en vosotros mucho mal. Cuidad de vosotros mismos, y dejad á los demás. Señoras doncellas, porcion la más selecta del rebaño de Jesucristo; si la curiosidad os acomete para que imiteis á las otras en el corte del vestido, en la disposicion del cabello, en la amistad con esos tertuliantes, con esos muebles ó cortejos, en la frecuencia de esos paseos y en la franqueza de esos tratos, decid inmediatamente á vosotras mismas: ¿qué nos importa á nosotras todo eso? Vistamos con limpieza y honestidad, apliquémonos á la labor, obedezcamos á nuestros padres, frecuentemos los sacramentos, desterramos de nuestra presencia esos hombrecillos ociosos, parleros,

inútiles al Estado y perjudiciales á la Iglesia, y contemos seguramente con nuestra verdadera felicidad. Señores jóvenes, si la curiosidad os incita á buscar y leer ciertos libros pestilenciales, que otros manejan, sean de autores extranjeros, ó del país; si os incita la curiosidad, vuelvo á decir, á seguir los pasos de otros jóvenes de vuestra edad, que solo saben hallarse en pendencias, rondas nocturnas, bailes y amistades, conocidamente malignas y escandalosas; decid á vosotros mismos: ¿quién nos precisa á imitar tan malas vidas? Sean ellos solamente responsables de su pésima conducta ante el tribunal de Dios y de los hombres: busquemos nosotros los libros de autores católicos, piadosos y de sana doctrina; instruyámonos en nuestras obligaciones, abracemos alguna ocupacion honesta, que nos haga brazos útiles al estado, y empecemos á llevar desde nuestra adolescencia el suave yugo del Señor con la observancia puntual de sus divinos preceptos. Señores y señoras, que vivís en el santo estado del matrimonio; si la curiosidad os precipita á imitar á otros y otras de vuestro mismo estado, que no cuidan de la hacienda, que les dió el Señor, que omiten la instruccion de su familia, que le permiten comunicaciones peligrosas con personas de otro sexo, de cualquier grado y condicion que sean; que no procuran saber á dónde van sus hijos, con quiénes se acompañan, que conversaciones mantienen, dejándolos pasar la vida en una vergonzosa ociosidad, sin aplicarlos á algun oficio ó destino honesto, con que en adelante puedan ser unos buenos y útiles ciudadanos y unos cristianos irrepreensibles; si vieseis, digo, á otros padres y madres, que se portan de esta manera, decid inmediatamente: á nosotros, á quienes Dios no ha constituido padres de la patria, ni superiores de estos otros, ¿qué nos importa todo eso? Eduquemos nuestra familia cristianamente, no le permitamos aquellas libertades que á nosotros nos fueron tan ruinosas en la tierna edad; enseñémosle á temer á Dios y observar sus mandamientos santos, y ninguno de los desórdenes extraños nos perjudicarán.

Por último, amados míos, si las autoridades que hemos alegado, no os convencen, ni las razones y experiencia que hemos dado, no os concluyen para desterrar la curiosidad, tenedla en hora buena; pero sea una curiosidad que os conduzca á una sana filosofía para leer el libro abierto de la naturaleza, y discernir la luz sobrenatural para entender el libro misterioso de la gracia. Acompañados de ambas, dad en hora buena rienda á vuestro discurso, y mirad esta admirable máquina del universo, la asombrosa fecundidad de la tierra, la impetuosidad y fuerza de los vientos, el conjunto maravilloso de las aguas en los mares, sus divisiones y partes en los rios, la voraci-

dad del fuego, y, sobre todo, la peregrina hermosura, sabiduría y poder con que el Omnipotente ha templado sus contrarias cualidades, para que entre todos los elementos formen esta incomparable armonía que se halla en todo el globo terráqueo. Leed bien este admirable libro de la naturaleza, y vereis como todas las criaturas os gritan: *Ipsse fecit nos, et non ipsi nos.* PSALM. LXCIX, 5. La mano de Dios ha criado los peces del mar, las aves del cielo, las bestias de la tierra, sus plantas, sus frutos, sus minerales; ella nos dió el ser, la vida y el movimiento; no nos formamos nosotras á nosotras mismas, sino que Dios nos sacó de la nada, á quien obedecemos y de cuya voluntad jamás nos separamos. Levantad vuestros ojos hácia el cielo, y mirad esa máquina inmensa que nos rodea y envuelve; considerad su vasta y asombrosa capacidad, sus reglados y constantes movimientos, el número casi infinito de las estrellas, la conjuncion y separacion de los planetas, los crecientes y mengüantes de la luna, la fuerza, actividad y ligereza del sol, que vivifica y alienta con su calor á todas las cosas que existen; y vereis cómo os cuentan la gloria de Dios que los crió, y os anuncian ser obras de sus manos: *Cæli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum.* PSALM. XVIII, 2. Leed esto bien, y despues confundios de vuestra altanería, de vuestra presuncion y desobediencia á los mandatos de Dios, á vista de la sumision y obediencia con que todas las demás criaturas los cumplen: confundios tambien y humillaos leyendo este precioso libro de la naturaleza; pero no os detengais ahí solamente: abrid tambien el cerrado y misterioso libro de la gracia, y mirad cuántas habeis recibido de Dios, y vuestro poco aprovechamiento. Dios os crió en medio del cristianismo con una predileccion particular, que no ha usado con innumerables almas; Dios os redimió á costa de su sangre y de su vida; Dios os mantiene y os conserva; Dios os libró del pecado original por el santo sacramento del bautismo; os fortaleció en la fe por el de la confirmacion, os sanó de vuestras espirituales dolencias por la penitencia, os dió su mismo cuerpo y sangre en la adorable Eucaristía, y os proveyó de las demás necesidades del alma con los otros sacramentos que instituyó en su Iglesia: Dios os comunicó los dones de su divino espíritu, y no cesa de enriqueceros con otras innumerables gracias, llamándoos en la salud y en la enfermedad, en la adversidad y en la prosperidad, en la soledad y en la compañía, en el pueblo y en el campo, para que guardéis sus santos mandamientos y observeis sus leyes; y como si no estuvierais obligados á observarlos por tantos títulos, os convida con un premio inmenso, con la gloria. Sí, amados míos, con la gloria; con la casa

de Dios, centro de la paz, mansion de la felicidad eterna y habitacion dichosa de todos los bienaventurados. Aquí teneis, señores, unos objetos inmensos con que alimentar útil y provechosamente vuestra curiosidad; la naturaleza y sus criaturas, la gracia y sus dones, la gloria y sus eternas felicidades. ¡Oh Dios admirable! ¡oh Dios magnífico! ¡oh Dios poderosísimo! ¿Qué necesidad tenemos de emplear nuestras potencias en las pequenezes de la tierra, cuando vos nos ofreceis las grandezas de la gloria? ¿Quién no suspira por aquellos bienes eternos, infinitos é inmensos, para cuya posesion nos ha criado el Señor? ¿Será tanta nuestra desdicha, nuestra infelicidad y miseria, que tenga más atractivo para nosotros el pecado que la gracia, la tierra que el cielo, la criatura que el Criador? ¡Ay de mí! Si hubiese alguno tan insensato, sepárese de nuestra amable compañía, y todos los demás que quieran eficazmente salvarse, vengan conmigo á los piés de Jesucristo, y tomándole por modelo de nuestra conducta, seremos del número feliz de los predestinados.

Sí, cristianos míos muy amados: este Señor es el camino para llegar á la patria, la verdad que hemos de creer, la vida con que hemos de vivir: ved aquí un Dios hombre; pero un hombre sobrio, justo, santo; un hombre silencioso, laborioso, humilde, veraz, pacífico, manso y caritativo; un hombre que con su ejemplo y su doctrina enseña la paciencia, la castidad, la misericordia y todas las virtudes; un hombre benigno con los pecadores contritos y arrepentidos, severo con los soberbios y obstinados, dulce en las palabras, modesto en sus vestidos, justo en su trato; un hombre irreprochable en sus costumbres, que á todos hizo bien y á nadie mal. Este es, cristianos, el modelo que debeis imitar, y el ejemplar que debeis seguir, si pretendéis salvaros. ¡Oh, qué bueno eres, Dios de Israel! ¡qué benigno! ¡qué amable! ¿Quién me concediera amaros con todo el corazon y toda el alma? ¡Oh amado mio, hermosura antigua y siempre nueva, que tarde te amé! ¡Oh Dios de mi corazon! ¡oh Dios todo caridad! ¡oh, quién nunca os hubiera ofendido! ¡oh, quién siempre os hubiera amado! ¡oh! si mi corazon se deshiciera, diciéndoos con todas sus fuerzas: *Señor mio Jesucristo, etc.*

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

1.

La curiosidad es un gravísimo obstáculo para la salvacion eterna, por ser: 1.º, el escollo en que naufraga la fe: 2.º, el escollo en que se